

Posmodernidad e interdisciplina: de lo diseminado y lo articulable

Los temas de posmodernidad e interdisciplina son absolutamente independientes en sus respectivos desarrollos, estatutos, autores. Hacen a fenómenos que no se engarzan fácilmente, ya que son de muy diferente nivel de referencia empírica: uno trata de un proceso cultural epocal que afectaría a la sociedad como conjunto, el otro de un cierto tipo de práctica científico-técnica, desde el restringido punto de vista de la cognición o la eficacia operativa, no el más amplio de la sociología de la ciencia. Es de nuestra responsabilidad el algo inesperado entrecruzamiento que ensayamos de los dos temas, la puesta en ruta común de dos afectos que parecían incompatibles. Desde el inicio lo hacíamos bajo la sospecha de que se vincularían en conflicto: lo posmoderno defiende lo fragmentario, la interdisciplina propone un saber integrador y —en su límite— totalizante. No nos equivocábamos, pero en el decurso de la investigación encontramos también aspectos inesperados. No sólo en cuanto a la relación entre los temas, sino también en la indagación intrínseca de cada uno de ellos; sólo podremos ligarlos si acertamos previamente en la dimensión particular de cada uno.

A) POSMODERNIDAD

El tema de lo posmoderno en lo social es muy posterior a la aparición del posmodernismo como estilo artístico y arquitectónico.

En estas esferas venía planteando el ocaso del vanguardismo, la pérdida de fe en la experiencia del arte como privilegiada, y de su eficacia como crítica social. Se pasó al «pastiche», a la mezcla desordenada de estilos anteriores sin mantener sus supuestos iniciales, a la descreencia tanto en la funcionalidad ordenatoria de la Bauhaus como en los experimentos rupturistas. El arte dejó de suponerse a sí mismo una actividad excepcional, tal cual lo había hecho desde su separación de las esferas del conocimiento y la moral al comienzo de la modernidad: se resignó a su reabsorción por la maquinaria de la industria cultural, a ser parte más de la desinformación por saturación de los mass media, o a la importancia de la rebelión sin recursos económicos para competir en el mercado. La añeja idea de los artistas según la cual ellos son depositarios o mediadores de un ideal superior ha abandonado su posición ante una sociedad crecientemente adocenada, homogeneizada, dentro de la cual el arte tiene mínimo poder para operar rupturas.

La posmodernidad como categoría de análisis de lo social es posterior, la denominación es inaugurada por Lyotard en 1981; incluye la connotación referida a los estilos en arte, pero propone su propio objeto de referencia. Estaríamos en la época de final de la modernidad, con el colapso de todo lo que a ella es inherente: la noción de totalidad social, los proyectos políticos colectivos con objetivo de transformación estructural, la apelación a un fundamento último (sea religión, ciencia, arte), la moral socialmente consensuada, el lenguaje como comunicación, la tecnología en tanto medio de progreso, naturalmente la idea de progreso misma. Los diferentes fenómenos aludidos resultan patentes en la sociedad capitalista avanzada, sobre todo europea, pero... ¿cómo interpretarlos? ¿Es esto *el fin* de la modernidad, o un momento dialéctico de negación que dará lugar a afirmaciones posteriores hoy imprevisibles? Y si aceptáramos que estamos ante una nueva época ¿cuándo comenzó?, ¿cuál es el futuro previsible? Preguntas aún sin respuesta en un horizonte histórico recién abierto, y todavía poco definido.

Una versión de lo posmoderno sería la posestructuralista, que no se autoasume posmoderna pero está constantemente aludida en

el debate sobre posmodernidad¹. La crítica foucaultiana a los poderes de la razón, la embestida derrideana contra el sentido y la cultura occidental logocéntrica, los rizomas y nomadismos a veces geniales y otras triviales de Deleuze², el placer del texto y otros placeres de Barthes más innominados, dan en el centro de la proyectualidad moderna, de su búsqueda de centramiento en la razón y la ciencia, del encerramiento conceptualizante del Logos y las fútiles ideas de origen, progreso y linealidad histórica, de las totalizaciones sin diferencia y las generalizaciones sin desconstrucción; también horadan los proyectos colectivos con cúspide y jerarquías, el ocio irrelevante y el trabajo como repitencia, el cuerpo reprimido y anudado, la instantaneidad y el acontecimiento apresados en el orden del devenir, en fin, la modernidad toda como logro histórico de la conciencia presente a sí a partir de la imaginada proyección de un abstracto sujeto fundante y no fundado.

Como crítica de la modernidad el posestructuralismo resulta insoslayable, lo cual no lo constituye en una crítica invulnerable; no han faltado los numerosos ataques a sus posiciones, a sus unilateralidades y silencios, ya sea porque tienden a identificar lisa y llanamente razón con poder sin advertir los (ambivalentes, diremos nosotros) efectos emancipatorios que la razón incluye; o porque evocan la politicidad sin asumirla (crítica hecha desde la fe en cierta modernidad) o llavan hacia un estaticismo anárquico (lo que se plantea desde una apelación a la necesidad de pacto social). Lo cierto es que, habiendo sido propuestas las teorías posestructuralistas en el umbral histórico de acceso a lo posmoderno (fines de la década del 60 y principios de la del 70), entendemos que implican una especie de transición donde los lúcidos golpes a las certezas modernas no dejan de ser practicados con instrumentos afines a la modernidad: en este plano se entienden las discusiones políticas de Foucault³, la escritu-

1 Cf. las usuales referencias a Foucault y Derrida, vg. en H. Forter (comp.), *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona 1986.

2 De las genialidades da cuenta su *Nietzsche*, Ed. Anagrama; de sus deslizamientos hacia lo obvio, G. Deleuze - C. Parnet, *Diálogos*, pre-textos, Valencia 1980, p. ej. p. 57.

3 Debates muy conocidos, vastamente impresos, a pesar del choque con la premisa teórica de «objetivismo» sostenida por Foucault.

ra a veces apocalíptica de Derrida anunciando «una nueva época», los azuzamientos de Deleuze, la curiosa suposición derrideana de fundar con la Gramatología no un nuevo modo de conocimiento que cuestiona las formas del conocimiento existente sino «una nueva ciencia». Estos autores habitan el suelo objetivo de lo posmoderno y de ello hablan, pero como críticos de lo moderno y como voceros de una nueva era que suponen, y que lo posmoderno no ha realizado; la posmodernidad no es la disrupción, el redescubrimiento de Artaud o el fin de la representación. En el sentido de Baudrillard, por el contrario, es ésta la época en que los sujetos se asumen a sí mismos como representando, época del simulacro no sólo en el sentido de pérdida de sustancia, sino también en el de la ausencia de la identidad en manos de los aparatos y los mass media.

Las altisonancias de los posestructuralistas recuerdan los relámpagos conceptuales de Adorno⁴ y la Escuela de Fráncfurt toda contra la modernidad, con medios teóricos por supuesto muy diferentes; y como en los frankfurtianos, late la idea de cierta profecía en la que habita una salida, aunque en este caso no sea una dialéctica del Rechazo y lo socialmente mediado, sino una apelación al descentramiento y la capilaridad. Entendemos que no puede haber posiciones posmodernas en quienes —a su manera— aún se suponen vanguardia.

Estas teorías operan en el mismo orden que las vanguardias dentro de la modernidad: como crítica negadora, disolvente, de lo existente. Lo que esa amplia gama llamada modernismo en arte postuló, fue la innovación para romper barreras, la ruptura surreal o cubista, el distanciamiento de lo convencional para atacarlo. La modernidad tuvo dos caras, la proyectual científico-técnica (la proyectual colectivo-política del marxismo podría entenderse como una forma de esta)⁵ y la negadora antiproyectual, «irracionalista», que exaltaba todo lo aplastado por el productivismo tecnoburocrático;

4 Huellas del misticismo de W. Benjamin en Adorno; ver las interrupciones al argumento en *Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento*, Planeta/Agostini, Barcelona 1986, y los adagios de *Minima Moralia*, Taurus, Madrid 1987.

5 El marxismo economicista responde casi estrictamente a este modelo; el historicista, que reivindica la voluntad y la conciencia, se apoya en el polo subjetivo, y por ello no es «proyectual-científico», pero sí fuertemente proyectual.

con ciertos dejos del romanticismo ⁶. Los posestructuralistas se encuentran dentro de esta dialéctica de la modernidad, más allá de su propio rechazo a toda dialéctica.

Habermas, cuando quiere rescatar el proyecto de modernidad, discute contra estos autores, no contra los confesos posmodernos. Tal vez porque, paradójicamente, tiene más en común con los primeros, sobre todo con Foucault ⁷. La alisada forma en que el autor alemán trata el tema del interés ⁸, aludiendo cuidadosamente a Nietzsche ⁹, muestra hasta qué punto no ha asumido la radicalidad de la crisis del pensamiento —y junto a éste, de las prácticas en la sociedad— que está en curso: de allí la curiosa ingenuidad de la teoría de la comunicación en situación de comunidad lingüística ideal.

No es en tal placidez, sino en el juego de la intemperie y la brújula donde se plasma lo posmoderno; se trata de la brújula ausente en la intemperie del sentido. Esto puede llevar a lecturas conservadoras o abiertamente reaccionarias como las de P. Sollers ¹⁰, que por ser tales quedan retenidas en el orden de la política clásica y moderna; puede celebrarse, como lo hace Vattimo con su llamada al fin del énfasis, al ocaso de la violencia que esto conllevaría, a retomar con Heidegger el arte como paradigma de vida, a practicar el «pensamiento débil», «dulce», sin profecías, vértigos, utopías ni enemigos. Vattimo sí es un posmoderno explícito; también quiere serlo Ortiz Osés, vasco español, pero se estaciona demasiado en tratamiento de

6 Esta «cara irracionalista» de la modernidad se presentó desde los albores; Pascal y Erasmo son ejemplos en el siglo xvi; en el xix, el romanticismo y la exaltación/negación de las ciudades por Baudelaire, y los «hombres subterráneos» de Dostoievski en las puertas del siglo xx. Se puede leer la radicalización de la tendencia en lo que va de los escritos de Kafka a los de Samuel Beckett.

7 Cf. P. Hohendahl, 'Habermas philosophical discourse on modernity', *Telos*, n. 69, 1986.

8 En su célebre *Conocimiento e interés*, Ed. Taurus; el interés de dominio nietzscheano no aparece reemplazado por un virginal interés emancipatorio y un interés técnico propuesto como trascendental. Ver la ajustada crítica de A. Ortiz-Osés, *La nueva filosofía hermenéutica: hacia una razón axiológica posmoderna*, Antrophos, Barcelona 1986, pp. 59 y ss. El rechazo explícito de Habermas a Nietzsche en J. Habermas, *Sobre Nietzsche y otros ensayos*, Tecnos, Madrid 1982.

9 Ibid.

10 Entrevista a P. Sollers, en *El País*, Madrid, abril 1978, «Podemos interrogar casi dos mil años de historia».

autores de principios de siglo ¹¹ y en una proposición ética excesivamente rupturista con el «orden» existente. Posmoderno puede ser Castoriadis, aunque no se diga tal, cuando funda la organización social en el caos y lo sin fondo, en la arbitrariedad de un sin-sentido que tiene que ser asumida ¹². Posmoderno es Lyotard cuando reivindica la multiplicidad de los juegos de lenguaje y el derrumbe de los relatos maestros, el cual es socialmente constatable; en fin, de lo posmoderno habla Lipovetsky cuando lo presenta desencantado y fútil, egoísta y frívolo, sin-sentido pero sin angustia, eclipse de toda tragedia o concepción dramática de la vida. Y lo es a medias Baudrillard cuando, tras su publicitado esfuerzo por parecer ajeno a toda nostalgia por el significado y lo proyectual, es presa de un lenguaje desechado para describir las miserias de la izquierda francesa ¹³.

Liguemos, pues, a la crítica de la modernidad en parte lograda por los posestructuralistas, la imagen de lo posmoderno como el fin de la fundación, la trascendencia y la política centrada, para que no las reemplace sino un desvaimiento general que no se eriza en exaltaciones contra la metafísica, sino entona el andar suave de quien no sabe adónde va y ya no pretende saberlo.

Esta despolitización resulta muy lejana a la suposición de que lo posmoderno es sinónimo de conservadorismo, como erróneamente se ha insistido; no en vano los neoconservadores, con Bell a la cabeza, deploran abiertamente la cultura posmoderna. Los efectos de lo posmoderno sobre la política son menos monocromos, amén de que cuestionan de hecho los parámetros ideológico-políticos desde los cuales se intenta juzgarlos.

Ante otros ataques poco fundados, aseveramos que hay textualidad posmoderna porque hay —primariamente— en la sociedad fenómenos que la literatura posmoderna intenta interpretar. Lo posmoderno no es legible como un arbitrario invento de los posmodernistas, sino un fenómeno social en acto, el cual podrá leerse en clave posmoderna o en otra, pero que resulta absurdo negar o ignorar.

11 Ver su larga interpretación del pensador Amor Ruibal en *La nuev...*, o. c.

12 C. Castoriadis, *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona 1988.

13 J. Baudrillard, *La izquierda divina*, Anagrama, Barcelona 1985.

B) INTERDISCIPLINA

Tendremos que ser más sumarios con este tema, sin duda más acotable. Sorpresa: algunos posestructuralistas la recomiendan, como Foucault ¹⁴. Pero por supuesto, se advertirá en qué contexto: un crítico de los saberes establecidos sólo podría rechazar la idea de un super/saber; para él la interdisciplina sería un esfuerzo sin especial fundamento ni pretensión de totalización, estaría vaciada del soporte epistemológico fundante y enciclopedista de un Piaget o un Apostel, actuales herederos de un ya muy añejo iluminismo.

Podríamos pensar la interdisciplina como reacción moderna contra los males de la modernidad misma, gesto que se muerde la cola; en la crítica de la especialización tecnocrática propia de lo moderno, abrevan las dos formas más buscadas de interdisciplina: una, la puesta al servicio del avance tecnológico aún más eficaz, allí donde las disciplinas no funcionan ¹⁵ (conllevando a menudo la conocida confusión entre el interés tecnológico y el propiamente científico) ¹⁶; y la otra, el intento de construir un mapa único del conjunto de las ciencias, atendiendo a sus supuestas homologías estructurales, y retomando un proyecto que no en vano en su momento encarnaron positivistas como Neurath y Carnap. Se critica el especialismo provocado por el avance tecnológico llamando a otro modo de avance tecnológico que deja intactas las condiciones sociales desde las cuales emerge el tecnogismo; situación sin salida.

Es por esto que, saludablemente, ya no encontramos tantos discursos apologéticos de la interdisciplina. Los hay de algunos marxistas dogmáticos (es conocida la oposición de gran parte de los autores marxistas a quienes defienden o postulan la posmodernidad,

14 En M. Foucault (y otros), *La imposible presión: debate con M. Foucault*, Anagrama, Barcelona 1982.

15 Verdadera razón de la búsqueda interdisciplinaria, más allá de la retórica epistemológica utilizada.

16 Típica confusión de la sociedad avanzada, según expuso la Escuela de Frankfurt. Esto puede rastrearse en la visión operativizante de la ciencia que subtiende el trabajo —por lo demás brillante— de L. Apostel, 'Las ciencias humanas: muestras de relaciones interdisciplinarias', en L. Apostel et al., *Interdisciplinarietà y ciencias humanas*, Tecnos/UNESCO, Madrid 1983.

oposición algunas veces bien articulada y otras de escaso nivel e información) o de científicos «ingenuos»; pero ya aparecieron los discursos que marcan la crisis del casi unánime clamor inicial. Desde el mismo G. Berger, iniciador del movimiento de la interdisciplina, que acusa a ésta de «ideología de la transparencia», hasta trabajos como los de Gusdorf o Sinaceur¹⁷, que asumen con claridad la finalidad meramente operativa de lo interdisciplinario, lejos de la imaginaria epistemológica de la unidad de la ciencia, y también quienes advierten la robotización intrínseca al científicismo de Piaget y su extremo conceptualismo ordenador. Gusdorf no se dice posmoderno ni parece serlo; su dejo final de apelación al humanismo y su nostalgia del sentido lo hacen patente. Pero pisa el territorio de la posmodernidad, en el que la fe en las ciencias ha disminuido, en que su legitimidad como metalenguaje que dice lo verdadero de los demás lenguajes está puesta entre paréntesis, en que una ciencia de las ciencias parece un sueño desmesurado y ajeno.

Cuando el pensamiento «hard» del logicismo anglosajón tiene que dejar paso a la crítica de Rorty, a la inconmensurabilidad de Kuhn (si ésta se da entre teorías de una misma disciplina, ¿qué cabe esperar entre disciplinas?), al anarquismo epistemológico de un Feyerabend que muestra cómo son forzadas las «reconstrucciones racionales» de la ciencia, es la epistemología misma la que ha entrado en crisis, porque si hoy el saber es discutido, más lo es la idea de un tribunalicio saber sobre los saberes.

Esto conlleva una extraña paradoja: la crítica «epistemológica» de la interdisciplina ya no sería eficaz. La que hemos practicado siguiendo a Bachelard¹⁸, o la de Althusser en su momento, están cautivas de la modernidad y sólo dentro de ella mantendrían su pertinencia. La interdisciplina no sería problemática por su escasa concordancia para con criterios epistemológicos; lo sería simplemente por sus pretensiones de científicismo, tecnologismo y universalismo totalizante. Si se la desprovee de estos pesados lastres, es decir se la des-funda de pretensiones enciclopédicas a lo Piaget o Bunge, si se la asume como un simple recurso de eficacia tecnológica sin creer

17 Ambos en L. Apostel, *ibid.*

18 R. Follari, *Interdisciplinariedad*, UAM-Azc., México 1982.

que esta última represente un obvio «progreso», si se la asocia a la ciencia sin la ingenuidad de creer que ésta sólo conlleva valores emancipatorios o conduce a la lectura de algún dibujo natural de la Verdad, la interdisciplina podrá tener un lugar sin inconvenientes. Fuera de fes desmesuradas y garantías, como ejercicio provisorio y aventurado, como instrumento a-fundado, como atadura a un promontorio cualquiera en la intemperie.

ROBERTO FOLLARI

Prof. titular de Epistemología de las Ciencias Sociales,
Fac. de Ciencias Políticas y Sociales,
Univ. Nac. de Cuyo